

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

RICARD CUGAT



►► Ambiente en el 'village' del Sónar en Montjuïc, el jueves.

El 'bumbumbum' de Montjuïc

Dos hombres quitaban las banderolas cerca de las torres venecianas de la plaza de España. Eran las que indicaban en un plano dónde comprar las entradas para los conciertos y dónde estaban los escenarios del Sónar. «Se acabó», decía uno, buscando en mi muñeca la pulsera de plástico. No la llevaba. En la mañana, muy temprano, había visto chicos con la pulsera en el aeropuerto. Se iban y eran las señales inequívocas de que el Sónar estaba acabando. En Montjuïc, en cambio, costaba encontrar pistas.

No eran evidentes como lo fueron durante dos décadas en el Raval: el fin de semana del festival de música avanzada convertía los adoquines del barrio en un chicle urbano y las calles, en una pasarela de tendencias. Ayer en Montjuïc, quedaban latas en el suelo —¿dónde no hay latas en el suelo en Barcelona un domingo por la mañana?— y muchos botellines de agua.

Montjuïc tiene la capacidad de absorber usos diferentes en pocas horas. Ayer por la mañana volvía a ser el parque turístico y la montaña ciudadana. Un hombre había juntado las latas, con y sin alcohol, y había creado un *I love you* reciclado que recaudaba euros. Barcelona es ciudad

de festivales, quizá por eso a los barceloneses ya no les parezca extraño que casi cada fin de semana las diferentes tribus urbanas de este siglo XXI se junten en algún punto y los festivales empiecen y acaben como suspiros. En Brighton, el festival que lleva el nombre de la ciudad revolucionaria a los británicos. En Bolonia, la proyección de películas en la plaza Mayor, esa a la que cantaba **Lucio Dalla**, durante el festival del Cinema Ritrovato concentra a la ciudadanía

«¿A esta edad cree que me voy a quejar por la música?», pregunta una vecina

desde antes de que empiece.

Detrás de la Fira, encontraba a unas chicas que hacían fotos a la alfombra de césped artificial y a un chiquillo que gritaba que ahí había un campo de fútbol. Su padre miraba el verde con ojos añorados. Explicaba que este año no había ido al Sónar. ¿Por qué? «Tengo hijos». Y eran dos y andaban aquí y allá con una energía que un post-Sónar no aguanta.

Buscaba a los nuevos vecinos del Sónar de día y me encontraba a Car-

me Gràcia reposando en un banco, cerca de la fuente mágica. La mujer, de 86 años, decía que ella había escuchado la música desde su casa —«Vivo justo detrás de la Fira», explicaba—, pero que el *bumbumbum* no le había molestado en lo más mínimo. Aseguraba no entender nada de ese tipo de «música moderna», ella se decanta por el jazz, pero, afirmaba, que si a los jóvenes les gusta, «está bien».

Era casi un alivio que una persona, a los 86 años, constatará que las cosas cambian, que la ciudad tiene mil usos. Le preguntaba por el **Freddie Mercury** y el **Vilvaldi** que acompañan las aguas de la fuente (hace unos meses un lector se quejaba del ruido en una carta a este diario) y la respuesta era: «¿A esta edad cree que me voy a quejar por la música? Cuando éramos jóvenes, también bailábamos».

Le inquietaba, decía, el no poder caminar de noche por el Poble Sec y contaba que este Montjuïc ha visto de todo. Antes de la guerra, las *costellades*. Ella venía del barrio Gòtic. Durante la guerra, los refugiados y los que escapaban de las bombas. En la casa de sus padres cayó una bomba, nunca hizo bum. Después de la guerra, las barracas.

En ese banco de Montjuïc, habíamos empezado hablando de un festival del que la señora no sabía el nombre y acabábamos hablando de la guerra, de cuando ella tenía 11 años. La gente de la limpieza estaba acabando con las latas. En el Raval, empezaban a concentrarse gentes con pulseras amarillas. ≡

 cgaya@elperiodico.com